

ser mayores; que es menester dejarlos seguir el mal ejemplo, porque con eso se precipitarán mas cada día; que es menester disimular sus descaminos, porque todavía están al principio de la carrera. ¿Dejariase á la discrecion de un pobre niño un vaso de bebida emponzoñado? ¿pondriasele en las manos un cuchillo? ¿no seria crueldad? ¿no seria locura? Y si se hiriese ó se matase, ¿no tendria la culpa el que le habia puesto en la ocasion? fácil es la aplicacion. Helí era un venerable anciano irreprehensible en sus costumbres y muy religioso en las funciones de su ministerio; con todo eso, ¿con qué rigor castigó Dios la insensible y cobarde condescendencia que tuvo con sus hijos? Las desgracias, las tristes revoluciones, las funestas caidas de tantas familias deshonradas, arruinadas y aun totalmente estinguidas, son los menores trabajos con que Dios castiga á los padres, y son los frutos mas naturales de la mala educacion. Estas reflexiones no hablan solo con los padres de familias; estiéndense tambien á todos los que tienen empleos con súbditos ó dependientes de quien cuidar. ¡Mi Dios, y cuanto es de temer el menor descuido en esta gravísima obligacion!

Dignaos, Señor, de darme luz para comprender todas estas consecuencias, inspirándome un zelo ardiente por la salvacion de todos los que están á mi cargo, para que nunca contribuya á su condenacion, ni atribuyais sus desvarios á mi descuido ó negligencia.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que nada tenga tan impreso en el alma como el cumplimiento de todas mis obligaciones, para que no sea confundido por mis descuidos. (*Psalm. 118.*)

¿Quién puede conocer perfectamente todo lo que le hace reo en vuestra presencia? Purificad, Señor, mi alma de los pecados que no conozco; perdonadme los que no estorbé, y aquellos de que fui ocasion ó causa. (*Psalm. 18.*)

PROPOSITOS.

1. No hay en los padres obligacion mas indispensable ni mas esencial que la de dar á sus hijos una buena educacion. Ninguna cosa puede dispensarlos de ella; ni la elevacion, ni las dignidades, ni los empleos, ni la nobleza, ni los negocios. Son los hijos un depósito que Dios os confió; os ha de pedir cuenta de él; son vuestros primeros acreedores, y como á tales los debeis el cuidado, la vigilancia, las instrucciones, los buenos ejemplos. Tened en buen hora caridad con todos los menesterosos; derra-

mad largamente vuestras limosnas entre todos los necesitados; sed como el alma de todas las funciones piadosas, de todas las buenas obras que se hacen en la ciudad. Si faltais á vuestra esencial obligacion, haced cuenta que nada habeis hecho; si no habeis dado una cristiana educacion á vuestros hijos, todo lo perdisteis. Ni penseis haber cumplido bastantemente con vuestra obligacion dándolos maestros escelentes, si por vosotros mismos no os informais del modo con que viven, y como se aprovechan de la enseñanza: los maestros son vuestros ayudantes; os alivian, pero no os exoneran; y así debeis velar indispensablemente sobre una educacion, de que á solo vos se os ha de pedir estrecha cuenta. ¿Y será posible que nada te remuerda la conciencia sobre la que has dado á tus hijos y á tus criados? El modo de enseñar y de corregir sirve infinito para hacerle mas ó menos eficaz. Si las correcciones son amargas, conviene sazónarlas con un modo suave, con un tono moderado y con voces atentas y cortesanias, para que se admitan y para que entren en provecho. El desentono y las palabras ofensivas irritan, pero no enmiendan.

2. Ten gran cuidado de que tus hijos y tus criados se encomienden á Dios por la mañana y por la noche, y de que la familia rece todos los días el rosario de comunidad, asistiendo tú el primero á él. Nunca te fies tanto de los preceptores, que no examines por tí mismo qué educacion dan á tus hijos; la obligacion de aquéllos no te exime á tí de la tuya. Infórmate si tus hijos frecuentan los sacramentos, por lo menos una vez cada mes, y tambien qué progresos hacen en las letras. Vergüenza es que se pasen años enteros sin que algunos padres sepan si quiera qué hacen sus hijos, ni se les dé nada por ello.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE DOSCIENTOS SESENTA Y DOS SANTOS MÁRTIRES, en Roma; los cuales fueron martirizados en la persecucion de Diocleciano por defender la fe católica, y sepultados en la via Salaria antigua, en lo alto de la cuesta del Cohombro.

SAN MONTANO, soldado, en Terracina; el cual despues de muchos tormentos alcanzó la corona del martirio en tiempo del emperador Adriano, y del cónsul Leocio.

LOS SANTOS MÁRTIRES NICANDRO Y MARCIANO, en Venafro; los cuales fueron degollados en la persecucion de Maximiano.

LOS SANTOS MÁRTIRES MANUEL, SABEL E ISMAEL, en Calcedonia; los cuales yendo por embajadores del rey de Persia para tratar de paces con Juliano apóstata, quiso éste obligarlos á que adorasen los ídolos; pero rehusando ellos obedecer, y manteniéndose constantes en confesar á Jesucristo, fueron degollados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES ISAURO, diácono, INOCENCIO, FELIX, JEREMÍAS Y PEREGRINO, atenienses, en Apolonia de Macedonia; los cuales por orden del tribuno Triponcio, despues de crueles tormentos, fueron degollados.

SAN IMERIO, obispo, en Amelia de Umbria; cuyo cuerpo fué trasladado á Cremona.

SAN GUNDULFO, obispo, en una aldea de Bourges.

SAN AVITO (ó AVY), presbitero y confesor, en Orleans. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN IPACIO, confesor, en Frigia.

SAN BESARION, anacoreta, en el mismo pais

SAN REINERIO, confesor, en Pisa de Toscana.

SAN AVY Ó AVITO, ABAD DE MICY, CONFESOR.

FUÉ S. Avy hijo de un pobre labrador, que habiendo nacido en Beauce, se estableció en el territorio de Orleans, y su madre fué tambien una pobre de solemnidad, que nació en Verdun, y vino pidiendo limosna; juntó algun dinerillo, y se casó con aquel paisano, de cuyo matrimonio fué fruto nuestro Santo. Nació hácia el fin del quinto siglo, y se asegura que en su nacimiento, de repente se vió cubierto el pobre cuarto de un milagroso resplandor, que deslumbró á todos los asistentes, y llegó á atemorizar á la comadre; maravilla que desde entonces se consideró como presagio de la virtud con que aquel niño habia de resplandecer algun dia.

Sus padres, aunque pobres, eran temerosos de Dios, y así se dedicaron á darle una cristiana educacion. El bello natural del niño Avy y su inclinacion á todo lo bueno, poco regular en los de aquella edad, le hicieron muy amable á cuantos le conocian. Nunca fueron de su gusto los entretenimientos pueriles, y toda su diversion era hacer oracion de rodillas en el campo ó en la iglesia.

Una virtud tan anticipada era digna de trasplantarse al fértil terreno de la religion. Habiendo visto algunos monges de la abadía de Micy, cerca de Orleans, se informó cuidadosamente del fin de su instituto y de la vida que profesaban. A esta inocente curiosidad se siguió luego el deseo de imitarlos; y pasando á echarse á los pies del abad, le suplicó que si no le juzgaba digno de recibirle por monge, á lo menos le admitiese por cria-



S. AVY ABAD Y C.

do, protestando que se dejaría morir á la puerta del monasterio antes que volverse al mundo.

Viendo el abad la humildad, la sinceridad y las vivas instancias del fervoroso mancebo, se resolvió á darle el hábito. Era abad S. Maximino ó S. Mesmino, el cual descubrió muy presto el tesoro con que Dios había regalado á su comunidad. Mostróse el novicio tan sencillo y tan desnudo de propia voluntad, que la santa simplicidad con que obedecía á todos, dió asunto de risa y de diversion á los monges que abusaban de ella. Teníanle por un estúpido, que sin réplica ni resistencia se dejaba conducir como un bruto adonde le querían llevar; pero la verdadera estupidez era la suya, pues no conocían el espíritu de Dios que gobernaba al hermano Avy. Algunos pocos ya llegaron á penetrar lo mucho que valía su virtud, y sobre todos el abad, que hechizado con el novicio, y viendo los progresos que hacía en la perfeccion, le nombró por ecónomo del monasterio, sin atender á su repugnancia ni al miedo que le ponían toda señal de distincion y todo empleo honorífico.

Precisábale este al cuidado de las provisiones y de mantener á los monges, lo que le esponía á muchas murmuraciones, y á no pequeñas pruebas de su virtud, por mas que hiciese para prevenir hasta las mas ligeras necesidades; pero lo que suavizaba el trabajo que tenía en cumplir perfectamente con su oficio, era la ocasion que se le proporcionaba de satisfacer su ardiente caridad con los pobres, para cuyo sustento y abrigo cercenaba no pocas veces de su misma racion, y se desnudaba parte de su hábito, aun antes de entrar en el oficio. Hacíase mas admirable esta caridad en un procurador, y con ella atrajo las bendiciones del cielo sobre el monasterio, donde parecia que las cosas se multiplicaban. Con todo eso, no cesaron las murmuraciones ni las quejas tan injustas como agrias de los imperfectos. Sirvióse el Señor de estas contradicciones para despertar en él los deseos que siempre había tenido de retirarse á la soledad para vacar á solo Dios en algun espantoso desierto, y las distracciones inseparables en su empleo le confirmaron en este pensamiento; por lo que no dudando que era de Dios, solo trató de retirarse.

Habiéndose quedado una noche en la celda del abad, luego que le vió dormido, le metió silenciosamente debajo de la almohada todas las llaves del oficio, y se retiró aquella misma noche á un espeso bosque, no muy distante del monasterio, donde fabricó una celdilla ó cabaña con ramas de árboles, y comenzó á vivir en una profunda soledad, haciendo espantosa penitencia. Cuando el abad despertó para asistir á maitines quedó estraña-

mente sorprendido viendo las llaves de Fr. Avy debajo de su cacerera.

Pero como conocia mejor que otro alguno á nuestro Santo, fácilmente comprendió la causa de su retiro; y no dudando que el espíritu de Dios le habia conducido al desierto, le dejó gozar tranquilamente de su amada soledad. Libre en ella del molesto ruido de los negocios temporales, se entregó á los excesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin límites. En la esterilidad de aquel desierto no encontraba otro alimento que hojas medio secas, frutas silvestres y algunas raíces amargas, que no contribuian poco á aumentar su mortificacion; pero endulzaba el Señor maravillosamente estos santos rigores con el don de contemplacion que le concedió, siendo su vida casi una oracion continua, y el sueño tan breve que apenas interrumpia sus devociones.

Murió por este tiempo el santo abad Maximino, y como ya todos los monges de Micy estaban desengañados, y habian después las preocupaciones que tenian contra el Santo, todos de unánime consentimiento le eligieron por su abad, y pasaron á sacarle de su soledad de Soloña. Pero le era tan dulce aquel su amado retiro, y gozaba en él de tan celestial consuelo, que les costó el mayor trabajo del mundo arrancarle del desierto, y reducirle á aceptar aquella superioridad. A las instancias de los monges se añadió la autoridad del obispo de Orleans, y sin que le valiesen súplicas ni lágrimas le fué preciso obedecer. Bendíjole el mismo prelado el año de 520; y conducido al monasterio, bastó sola su presencia para resucitar en él la disciplina monástica en su primitivo vigor, mudando muy presto de semblante aquella comunidad con sus exhortaciones y á vista de sus ejemplos.

Pero fatigaba mucho este cargo á su humildad: cuantos mas honores le rendian, mas tiernamente se acordaba de su querido desierto; por él ansiaba, por él suspiraba continuamente; y conociendo que si volvía á Soloña presto darian con él, resolvió esconderse en algun lugar tan retirado que nadie le pudiese encontrar.

Parecióle el de la Percha muy acomodado para su intento. Era un desierto horrible, distante de toda poblacion, en un bosque tan espeso y tan cubierto de matorrales, que parecia absolutamente impenetrable. Llevó consigo á uno de sus monges, animado del mismo espíritu; y dejando su renuncia por escrito, se retiró secretamente al desierto de la Percha. Por mas que le buscaron, no se pudo adquirir noticia alguna de su paradero,

hasta que habiéndose hecho eleccion de otro abad de Micy, se supo finalmente donde estaba S. Avy, porque le descubrió el ruido de sus milagros.

Fué singular el suceso con que Dios le manifestó. Habiendo penetrado muy á lo interior del bosque dos porqueros pastando su ganado, sobrevino la noche, y con ella una furiosa tempestad que los separó, sin poderse juntar con la oscuridad de las tinieblas. Uno de ellos, que era mudo casi desde su nacimiento, advirtió una luz en medio del bosque encendida en la choza de nuestro Santo; y partió derecho á ella para encender su tea de pino. S. Avy, que jamás habia visto persona humana en aquel desierto, quedó altamente sorprendido cuando vió delante de si un jóven que solo le hablaba con movimientos y con gestos. Creyendo al principio que era algun espectro ó algun artificio del enemigo, le hizo la señal de la cruz; y puesto de rodillas suplicó al Señor le diese á conocer si aquella vision era algun fantasma. Acabada la oracion volvió á hacer la señal de la cruz sobre el mudo, mandándole en nombre del Señor le dijese quién era, y qué queria. Sintiendo el pobre mozo que se le habia desatado la lengua, y que Dios le habia restituido el uso de ella, se arrojó á los pies del Santo, y comenzó á gritar: *Milagro, milagro*. Contó al Santo en pocas palabras lo que le habia sucedido; encendió su hachon, despidióse de él, y comenzó á gritar con todas sus fuerzas llamando á su compañero. Oyéndose éste llamar por su mismo nombre de una voz desconocida, quedó como atónito; pero fué mayor su asombro cuando vió venir á su mudo que á gritos le comenzó á contar lo que le acababa de suceder, luego que llegó á paraje de donde podia ser oido.

Corrió la fama de este prodigio, y comenzóse á turbar la quietud de nuestro solitario, porque de todas partes concurrían gentes á verle, y muchos nunca le quisieron dejar. Creciendo el número de sus discípulos se vió precisado á edificar un monasterio, que tuvo después su nombre, en el que se renovaron aquellos asombrosos ejemplos que se habian visto en el Oriente bajo la conducta de los Antonios y de los Pacomios.

No obstante su grande amor al retiro, tal vez le obligaba á dejarle el mayor bien de los prójimos y el zelo de la salvacion de las almas. Pasando á Orleans, el magistrado mandó abrir las prisiones, y dar libertad á los encarcelados por obsequiar al Santo, haciéndole estos honores en correspondencia de sus milagros. En aquella ciudad dió vista á un ciego de nacimiento; y el autor de su vida dice que oyó este milagro de boca del mismo ciego.

Reinaba en Orleans Clodomiro, el primero de los hijos que tuvo Clodoveo en su mujer Sta. Clotilde. Valiéndose S. Avy de la confianza con que el príncipe le trataba, le dió muchos consejos tan saludables como necesarios para la salvacion de su alma; singularmente le encargó mucho que tratase con mas dulzura y con mayor equidad á Sigismundo, rey de Borgoña, y á sus hijos, que eran sus prisioneros, prometiéndole de parte de Dios la victoria si les concedia la vida, y pronosticándole funesta suerte si los hacia morir. Justificó el suceso la profecía; porque Clodomiro fué muerto por los borgoñones un año despues que quitó la vida á su santo rey.

Aunque S. Avy perpetuamente vivia recogido dentro de su interior, y en medio de las mas ruidosas ocupaciones nunca perdia á Dios de vista, con todo eso jamás dejaba de retirarse todos los años por algunos dias al sitio mas solitario del bosque para vacar únicamente á la contemplacion. Hallándose en uno de estos como ejercicios anuales, murió el monje que habia traido consigo del monasterio de S. Mesmino. Fueron prontamente á dar noticia al santo abad, quien volviendo al convento, no pudo contener las lágrimas, viendo en el féretro á su querido discípulo. Hincóse de rodillas, hizo una fervorosa oracion á Dios; y levantándose de repente, lleno de aquella viva confianza que el Señor comunica á sus fieles siervos, dijo al difunto: *Yo te mando en nombre de Dios todopoderoso que te levantes, y que vengas con nosotros á dar gracias á su Majestad por esta nueva vida que te ha concedido.* A estas palabras se levantó el difunto, arrojóse á los pies del Santo, y mezclándose con los demás monges, fué con ellos á la iglesia á dar gracias al Señor. Fácilmente se puede comprender la impresion que haria en los ánimos este milagro, y el asombro con que se publicaria. S. Lubin, obispo de Chartres, asegura que oyó este prodigio de boca del mismo monje resucitado, el cual sobrevivió muchos años á nuestro Santo, pero el Santo sobrevivió poco al milagro; porque consumido al rigor de sus penitencias, y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los justos en su monasterio el día 17 de junio de 530, siendo de edad de poco mas de sesenta años.

Hubo un gran pleito entre los de Orleans y los de Chateaudum sobre la pertenencia del santo cuerpo, y se ajustó la diferencia repartiéndose las reliquias, cuya mayor parte tocó á la ciudad de Orleans, donde á cien pasos de ella se le erigió un magnífico sepulcro, al que fueron trasladadas con la mayor solemnidad. Volviendo victorioso de España el rey Childéberto, le hizo edificar una suntuosa iglesia en el sitio donde estaba

su sepulcro, conociendo que debia la victoria á la proteccion del Santo. Lo mismo hicieron los de Chateaudum en un lugar donde veneraban sus reliquias, sin que hasta el dia de hoy se haya resfriado la devocion de los pueblos á un Santo tan insigne.

LOS SANTOS MÁRTIRES MANUEL, SABEL É ISMAEL.

Por los años 362, en tiempo que los persas se hallaban en una sangrienta guerra con el emperador Juliano apóstata, florecian en aquel reino Manuel, Sabel, ó Sabelio, é Ismael, hijos de un padre gentil, y de una madre cristiana, la cual procuró que les educase en la religion de Jesucristo, é instruyese en las santas Escrituras cierto eunuco, presbítero, recomendable en ciencia y santidad. Hicieron los tres hermanos admirables progresos en las letras y virtud, bajo la disciplina de tan insigne maestro, llegándose á conciliar la estimacion de los persas por su irreprochable conducta y recto proceder.

Escribió Juliano al Persa sobre paz, y conociendo aquel soberano que para ajustar los tratados no tenia ministros en su reino de mas conocida habilidad y consumada prudencia que Manuel, Sabelio é Ismael, les envió á este efecto al emperador, quien viéndolos jóvenes tan hermosos y discretos, los recibió con todo honor, haciéndoles mantenerse en su compañía.

Ausentóse Juliano de Constantinopla á la provincia de Bitinia; y habiendo llegado á Calcedonia dispuso una gran fiesta á los dioses, mandando al pueblo que les ofreciesen sacrificio en el lugar ó templo dicho Trigon. Concurrió alegre la multitud de infieles á obedecer el precepto del emperador; y viendo los tres Santos la preocupacion de tantos miserables como rendian engañados sacrilegas adoraciones á los demonios, penetrado su corazon del mas vivo dolor, rogaron al Señor les conservase constantes en la fe, para que de modo alguno se contaminasen con los errores de los idólatras.

Advertido su resentimiento por un camarero de Juliano llamado Arion, hizo que los prendiesen los ministros, y presentasen al emperador; quien informado de la causa, olvidándose de las inmunidades debidas á los embajadores, mandó ponerlos en prision, con orden de que si no sacrificasen en aquel dia, sufriesen en el siguiente la mas severa cuestion de tormentos. Despreciaron los Santos tan injusto precepto, y con un semblante airado les preguntó el emperador, luego que los tuvo á su presencia: *¿Acaso os ha enviado vuestro rey, para que no celebreis conmigo*

las fiestas de nuestros dioses, ni les ofrezcáis sacrificios?—Nuestro soberano, le respondieron los Santos, nos ha enviado á ti para que tratemos de paz, no para que nos obliques á sacrificar á los ídolos. Nosotros somos profesores de la religion de Jesucristo, instruidos por un eunuco, admirable sacerdote, en el conocimiento del verdadero Dios, criador del cielo, y de la tierra, y de todas las criaturas, á quien solo rendimos adoracion.—Idiomas del todo me pareceis, continuó Juliano, viniendo á un emperador tan grande como yo.—No llames tales, replicaron los Santos, á los siervos de Dios, pues á su presencia apareceremos sabios, instruidos por aquel que nos tiene dicho en las santas Escrituras, que cuando estemos ante los reyes y presidentes enemigos, no pensemos en lo que hemos de hablar; pues el Espíritu Santo nos enseñará lo que conviene decir.—Tambien yo he leído, siguió el apóstata, vuestras fatuidades, y de nada me ha servido ese Cristo de que habláis; yo os aconsejo que os separeis de él, y sacrificéis á los dioses inmortales, pues de lo contrario os haceis acreedores de esquisitos tormentos, sin que os aproveche de cosa alguna Cristo. Entonces llenos los tres hermanos de un santo zelo, le replicaron: *Impío, y profano emperador, ¿cómo te has infatuado en tales términos que llegándote todos los días á semejantes dioses, no les ves del todo mudos, siendo como son unas piedras inanimadas, y domicilios de los demonios para engañar á los hombres?*

Arrebatado Juliano en un extraordinario furor al oír los discursos de los Santos, les dijo: *Hombres los mas infelices de los mortales, ¿cómo recibidos por mí con tanta humanidad, blasfemais de los dioses, y os atreveis á llamarles piedras? yo haré por su nombre, propicio para mí, que experimenteis su poder.* Mandó, pues, arrojarlos en tierra, y que los verdugos los azotasen con la mayor crueldad; pero como los ilustres confesores de Jesucristo repitiesen en medio de aquel castigo: *Nosotros no sacrificamos á las piedras inanimadas, sino al verdadero Dios que vive eternamente;* mas irritado el apóstata, ordenó, que colgados en un leño, les rasgasen los costados, y clavasen unos clavos por los talones.

Puestos en el suplicio clamaban los Santos: *Señor mio Jesucristo, que subiste al leño de la santa y venerable cruz, para salvar al género humano, no te separes de nosotros, sálvanos de estos tormentos que nos circundan, pues conoces cuan enferma sea nuestra carne para semejante combate;* y hecha esta oracion les asistió un ángel del Señor, y alivió sus trabajos.

Mandó el tirano bajarlos del leño, y queriendo seducirlos con

blandura, afectando compasion, dijo á Sabelio y á Ismael: *Veo que este vuestro insensato hermano no asiste con nosotros en ofrecer á los dioses, por lo que recibirá la correspondiente retribucion; pero yo presumo de vuestro ingenuo aspecto, que os portareis mejor.* Entonces los dos hermanos le respondieron á una voz: *¿Piensas, príncipe impio, enemigo de Dios, que con tu doloso razonamiento nos podrás separar de Jesucristo? Persuade á tus dioses que nos hablen, si quieren recibir nuestro sacrificio, y entonces le ofreceremos prontamente.*

Enfurecido Juliano con la respuesta, mandó á los verdugos que aplicasen hachas encendidas á sus costados; pero manteniéndose constantes en alabar y bendecir al Señor, vuelto á Manuel, ciego de cólera, le dijo: *Infelicitísimo, y el mas miserable de los que contigo están, sacrifica á los dioses clementísimos, pues de lo contrario serás atormentado con severísimos castigos.*—No discurras, respondió el Santo, *que podrás hacer que falte en alguno de nosotros la esperanza que tenemos puesta en nuestro Señor. A la vista tenemos su santa cruz, que nos conducirá al fin que aspiramos, y al mismo Jesucristo que alivia nuestros dolores.*

Viendo el tirano la invencible fortaleza del santo mártir, mandó traer tres clavos y clavarle, uno por la cabeza, y dos por los hombros; y que conducidos los tres amarrados al muro de Constantino, que mira hácia Tracia, los decapitasen en el lugar llamado el Precipicio; despues de lo cual quemasen sus cuerpos para que no pudiesen los cristianos darles el honor de sepultura.

Habiendo llegado los Santos al lugar del suplicio, hicieron á Jesucristo una fervorosa oracion, suplicándole se dignase librarlos de las manos del impio apóstata, é ilustrar á aquel miserable pueblo con el conocimiento de la verdad. Ejecutóse la sentencia en el día 22 de junio por los años 362, pero dispuso Dios que se abriese la tierra en el momento, y ocultase en su seno los venerables cuerpos de los ilustres mártires para impedir su combustion segun el mandato del tirano. Huyeron los verdugos aterrados, y se convirtieron muchos gentiles á vista de aquel prodigio, el cual sirvió de motivo para que los fieles enterrasen los cadáveres con el correspondiente honor.

Supo el rey de los persas el atentado de Juliano con sus embajadores, y volviendo á la guerra con mas ardor, vengando el cielo las injurias hechas por aquel apóstata á los cristianos, hizo que pereciese miserablemente.